



LOS GUARANÍES DEL DELTA DEL PARANÁ, A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES AL RÍO DE LA PLATA (1634)



Llegada del Adelantado español D. Pedro de Mendoza a la desembocadura del Riachuelo de Buenos Aires.
(Cuadro de Ulpiano Checa, existente en la galería del Dr. Estanislao S. Zeballos, en Buenos Aires.)

DESCUBRIMIENTO DEL RÍO DE LA PLATA Y SUS AFLUENTES

(1513-1537)

LA Historia de la República Argentina no ha sido escrita todavía. Los trabajos conocidos sobre ella son ensayos políticos y preliminares, que el estudio de los archivos y la crítica científica encuentran a menudo deficientes e inexactos.

Los archivos de Europa y América son una tentadora e inagotable mina para la Historia; pero su investigación marcha lentamente.

A menudo intervienen en ella personas que carecen del criterio y de la preparación necesarios para escribir sobre historia, y sus errores de interpretación y de concepto suelen aumentar las confusiones y las incertidumbres.

En estas páginas históricas daremos a luz solamente los datos definitivos o considerados más aproximados a la verdad, en el estado actual de las investigaciones, sin desconocer que la revelación de nuevos documentos pudiera completarlos más adelante.

Afirmamos, sin embargo, que los

hechos generales aquí expuestos están definitivamente admitidos por los escritores más discretos.

Al comenzar el siglo XVI, los descubrimientos europeos avanzaban resueltamente en el Norte y Centro de América y se extendían al Sur del Mar Caribe, llegando hasta las costas del Brasil.

Éran los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, caballeros y soldados que se habían ilustrado y batido en España en las guerras contra los árabes, contra Italia y Flandes. Esas huestes han sido caracterizadas en el notable cuadro del pintor español Ulpiano Checa, sobre los orígenes del apellido de Ceballos y Zeballos, que reproducimos en estas páginas, tomado de la galería que la familia del último de esos apellidos posee en Buenos Aires.

Se tenía así el concepto geográfico definitivo de que esas tierras no pertenecían al continente asiático buscado por Colón en sus gloriosas navegaciones. Entre Asia y Europa se alzaba, pues, la

El Libro de la América Latina

barrera de un Nuevo Mundo y de otro inmenso Océano, el del Pacífico. Incorporada a la geografía de los tiempos esta noción fundamental, las empresas descubridoras, de Europa, y especialmente de España, se lanzaban a explorar el nuevo continente con el propósito de

de los pilotos reales de España, que navegaban en demanda de las islas Molucas. Dicho piloto, llamado Juan Díaz de Solís, ha originado largas discusiones entre los historiadores. Su patria, para unos, es Portugal, y, para otros, España. Por lo pronto, en

contrándole al servicio de España, lo consideramos español.

Solís hizo un viaje rumbo a las Molucas, de 1512 a 1513, y se supone que descubrió el Río de la Plata en el último año; pero el punto está en discusión todavía, y si hay razones para admitir la afirmativa, también las hay para ponerlo en duda.

Lo cierto es que realizó un segundo viaje, en 1515, saliendo del puerto de San Lúcar de Barrameda, al Sur de España, el 8 de Octubre de 1515, con tres pequeñas embarcaciones de las llamadas carabelas, y que bien pudieran compararse a lanchas de los grandes trasatlánticos modernos, como el «Olympic».

A fines de 1515 o a principios de 1516, descubrió Solís el estuario que llamó *Mar Dulce*, que los indios denominaban *Paraná* y *Guazú*, y

que otros dijeron *Río de Solís*. Después del viaje de Gaboto quedó consagrado para la geografía el nombre definitivo de Río de la Plata.

En Febrero de 1516 navegaba Solís a lo largo de la costa septentrional de dicho río, frente a la isla que tomó el nombre de *Martín García*, y siguiendo la costa que pertenece a la República Oriental del Uruguay, donde desembarcó, con muy poca gente, para comerciar con los indios guaraníes, que poblaban



HERNANDO DE MAGALLANES

llegar a las islas Molucas, es decir, a las islas Tarsis y Ophir del Asia, a través de algún pasaje navegable, cuya existencia suponían, o doblando el continente. Recalaban, pues, esas flotillas descubridoras en las costas americanas atlánticas buscando dicho pasaje, para seguir viaje al Asia y no con el fin de hacer descubrimientos y conquistas de nuevas tierras australes.

Así fué como el Río de la Plata fué casualmente descubierto por uno



UNA DE LAS FLOTAS ESPAÑOLAS DESCUBRIDORAS DEL NUEVO MUNDO—1492-1500



En este grabado están representados algunos tipos de caballeros españoles, de los que en los siglos XV y XVI marchaban al descubrimiento y conquista de las Américas. (Cuadro del pintor Ulpiano Checa, existente en la galería del Dr. Estanislao S. Zeballos, en Buenos Aires.)

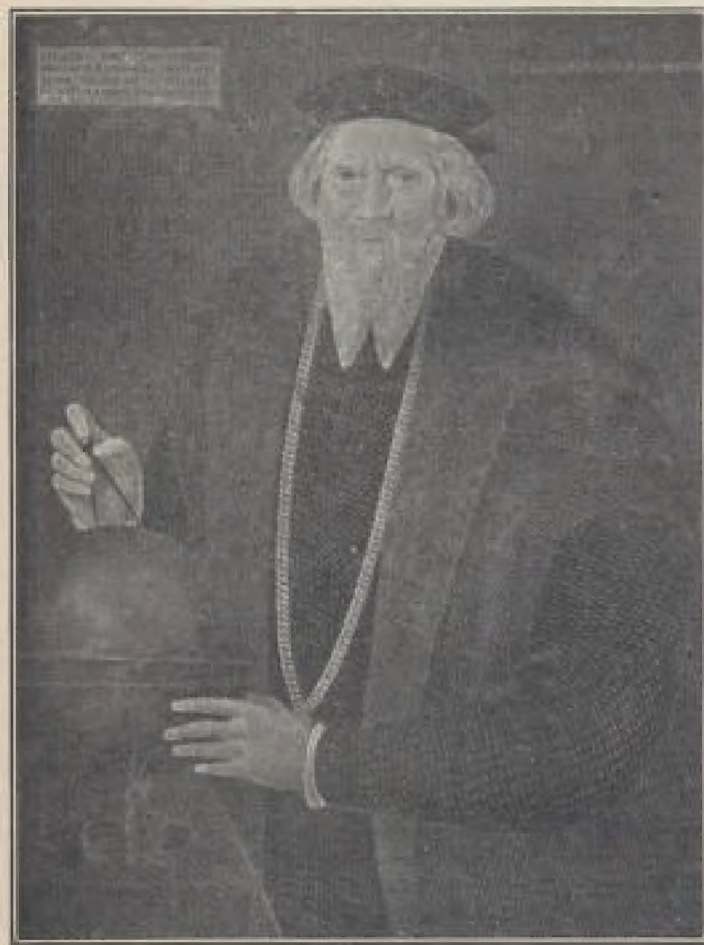
El Libro de la América Latina

la ribera. Éstos mataron al piloto y a los suyos, con excepción de un niño. La escuadrilla regresó a España después de fracasar trágicamente este viaje a las Molucas, cuyo único resultado fué el descubrimiento del gran estuario que

Desde allí continuó su viaje al Sur, sin internarse en los grandes afluentes del Plata, y costeanado el continente sudamericano, descubrió al fin, en 1520, el anhelado pasaje hacia el Asia, dándole su nombre: *Estrecho de Magallanes*.

En 1526 el piloto Sebastián Gaboto, hijo de Juan, autor de grandes descubrimientos en el Norte de América, zarpó de España en viaje a las Molucas, con una escuadra de reducida importancia. Azotada por las tempestades, sufrió el naufragio de la nave capitana, «La Victoria», en la costa del Brasil, cerca del Plata.

Gaboto, con la escuadra disminuida, decidió detenerse a explorar el Río de Solís, o de la Plata, en vez de continuar la navegación en la ruta de Magallanes. Apenas había empezado su exploración en 1527, habiéndose acercado a la costa del Estado Oriental, se le presentó un español llamado Francisco del Puerto, que residía en el país, seguro y contento. Era este el niño, grumete de la escuadra de Solís, que desembarcó con el infortunado piloto y sobrevivió a la muerte de éste, como dijimos. Los



SEBASTIÁN GABOTO

debía ser más tarde el centro de la hermosa civilización argentina.

Una nueva expedición salió de España en 1519 al mando del famoso navegante Hernando de Magallanes, buscando el pasaje a través del Nuevo Mundo, para llegar al Asia.

Recaló en 1520 en el Río de la Plata, y descubrió la tierra del lado argentino del Estuario. Recorrió, más o menos, las aguas que ya había navegado Solís hasta el río Uruguay, en la otra banda.

indios le hicieron gracia de la vida, sin duda porque era un niño, y vivió con ellos hasta la llegada de Gaboto, a quien ofreció sus servicios. Eran éstos, por cierto, valiosísimos, pues conocía ya la lengua guaraní, y le dió preciosas noticias sobre la geografía del país, sobre la existencia de oro y plata en los ríos interiores, noticias que había recibido de los mismos indios durante su largo trato con ellos.

En su poder había visto las canti-



El piloto Juan Díaz de Solís y sus compañeros son muertos por los guaraníes en la costa del Uruguay, frente a la isla de Martín García, salvándose solamente el grumete Francisco del Puerto (1516). (Grabado holandés del siglo XVI, con exageraciones, pues los guaraníes no eran caníbales.)



La Maldonada, según la obra de Charlevoix "Histoire du Paraguay," impresa en 1756.

El Libro de la América Latina

dades de metales preciosos que ostentaban en sus adornos y utensilios.

Gaboto se internó por el río llamado *Paraná de las Palmas*, que desemboca en el Río de la Plata, frente a Martín García. Se detuvo frente a donde está hoy la ciudad del Rosario, donde se reúnen los ríos Corondá y Carcarañá; afluentes los dos del Paraná, y fundó allí la primera población que ha existido en el territorio que más tarde sería la República Argentina.

Esta población embrionaria, fué denominada *Sancti Spiritus*. Gaboto dejó en ella una guarnición, continuó explorando hasta el Paraguay, y poco después regresó al puerto. Los indígenas, entre tanto, habían asaltado el puerto y muerto sus escasos defensores. Gaboto, impresionado por el desastre, apresuró su regreso a España, a cuyas costas llegó en 1530.

De 1534 a 1535 quedó organizada, y salió para Buenos Aires, desde España (el 24 de Agosto del último año citado), la famosa armada del Adelantado Don Pedro de Mendoza, noble personaje español.

Discuten aún los historiadores sobre la importancia de esta expedición, dándole, unos, catorce naves, con 2.200 almas, y con 2.650, otros. Estas cifras son exageradas, pues la expedición se compuso de once buques, que

sumaban entre todos 950 toneladas, siendo el mayor de 200 y el menor de 40, con 1.100 a 1.200 personas, contando marineros, tropas, familias, frailes y pasajeros.

Por cierto, que entre estos últimos, fuera de pocas mujeres, eran casi todos hombres de guerra.

Fué este un esfuerzo extraordinario para aquellos tiempos, dada la inmensidad pavorosa del Océano, cuya navegación era aún poco conocida, y la fragilidad de las naves, algunas sin cubierta, que hoy apenas servirían en el cabotaje de los ríos interiores.

Estas naves debían afrontar el mar, cargadas de gente, víveres, armamentos extraordinarios, artillería de plaza, municiones, ganados de cría, caballos, materiales

de construcción, equipajes, etcétera, aparte de su propia defensa y aparejo.

¡Eran, en verdad, héroes legendarios aquellos descubridores! El viaje de Mendoza fué trágico, habiendo ocurrido incidentes que motivaron la ejecución de uno de sus capitanes, Osorio, lo cual creó un espíritu anárquico entre los conquistadores.

Según cuentan algunos historiadores de esa época, los buques estuvieron a punto de zozobrar cerca de la isla de Santa Catalina, en

la costa del Brasil, habiéndolos salvado el canto de un grillo que cierto mari-



El grillo salvador de la escuadra del Adelantado Mendoza (1536).



«La Virgen del Buen Ayre», del Convento de San Telmo de Sevilla.

Descubrimiento del Río de la Plata y sus afluentes

nero traía para su recreo en una jaulita hecha con alambre en un corcho, y que había permanecido mudo desde su salida de Europa. Bajo la influencia de la proximidad de tierra, el grillo chilló, despertó a los marineros, y éstos, apercibidos del peligro, dieron la alarma a los timoneles y salvaron las naves, cambiando el rumbo.

De tales fábulas está plagada la his-

a la derecha del punto en que la Avenida General Brown llega a la orilla de dicho río, letra M del plano del capítulo siguiente.

El primer fuerte y establecimiento tomó el nombre de *Puerto de Nuestra Señora de Santa María del Buen Ayre*.

Se ha discutido el origen del nombre, pretendiendo los fabulistas de la historia que uno de los oficiales de la ex-



La primera fortaleza de Nuestra Señora del Buen Ayre, fundada por el Adelantado D. Pedro de Mendoza en la margen del Riachuelo (1537).

toria de estos acontecimientos extraordinarios.

La expedición entró en el Río de la Plata en 1536, y dirigiéndose a su margen derecha, descubierta por Magallanes, fundó el Adelantado Mendoza un fuerte (que debía ser más tarde la ciudad de Buenos Aires), en Febrero del mismo año. No se tiene certidumbre del día.

Este primer fuerte estaba situado en la margen del Riachuelo, pequeño río que hoy divide la ciudad de Buenos Aires de la de Avellaneda, en un sitio que corresponde, poco más o menos,

pedición de Mendoza al saltar a tierra exclamó: «¡Qué buenos aires son estos!»

El nombre obedeció, en realidad, a una inspiración religiosa. Existía, en efecto, en el Real Colegio Seminario de San Telmo de Sevilla, una preciosa imagen denominada de *Nuestra Señora del Buen Ayre*, a la cual hacían promesas y votos los navegantes, antes de aventurarse al *Mare Tenebrosum*.

Mendoza, en acción de gracias por la feliz terminación de su campaña náutica, consagró la proyectada ciudad a la Virgen protectora.

La expedición de Mendoza construyó

El Libro de la América Latina

un fuerte, una casa de varios pisos para el Gobernador, alojamiento para las tropas y algunas habitaciones particulares; todo de tierra, madera rústica y ramas.

Los conquistadores se pusieron inmediatamente en contacto con los indios guaraníes, que moraban hacia la parte que hoy se llama del Tigre y Río de las Conchas, en el Delta del Paraná, y que recorrían las costas del Plata a pie y en canoas.

Estos indios eran agricultores, vivían en casas y vestían de pieles.

Sus armas principales eran las flechas de piedra. Su carácter era dulce y hospitalario, y durante varios días proveyeron de grandes cantidades de alimentos a los españoles.

Algunos excesos de éstos con las mujeres indígenas, motivaron el enojo de los guaraníes, y la unión pacífica de conquistadores y de aborígenes se convirtió en una guerra implacable.

Atacaban constantemente a la población de Buenos Aires, mataron en combates campales a algunos de sus jefes y soldados, y la redujeron al hambre, llegando en sus ataques a asaltar el fuerte, el cual estaba defendido por artillería, arcabuces y ballestas.

La guarnición estaba muy reducida, y apenas excedía de poco más de 400 hombres.

Los indios guaraníes se habían aliado a sus antiguos enemigos los araucanos, que vivían en la parte Sud, en los llanos, apoyándose principalmente en las sierras del Tandil, que están situadas en la provincia de Buenos Aires.

Una confederación, que los primeros

cronistas españoles hicieron subir a 2.300 hombres, y que, probablemente, no sumó más de 3.000, atacó el fuerte sin resultado definitivo; pero mantuvo a sus defensores en un aislamiento que degeneró en horrible carestía.

Por otra parte, las fieras que habitaban la comarca, pumas y tigres, no permitían a los habitantes del fuerte retirarse de los baluartes, sino armados y acompañados. Las bestias feroces, en ocasiones, penetraban y atacaban a los españoles dentro de sus propios dormitorios, causando gran horror entre las mujeres y los niños.

Durante los sufrimientos y el hambre, debieron tener lugar episodios terribles entre los mismos españoles, y sus cronistas han creado la siguiente fábula:

Una bellísima mujer española, esposa de uno de los oficiales de apellido Maldonado, perseguida amorosamente por uno de los conquistadores durante la ausencia del marido, abandonó el fuerte y

vagó por los campos, expuesta al ataque de los indios y de las fieras.

Hallándose en un paraje que corresponde al actual hermoso paseo de Palermo, fué rodeada por tigres y pumas (según reza otra tradición recogida por los cronistas de la época).

Al verse en tal trance, aterrorizada, refugióse la fugitiva junto al tronco de un árbol, pero las fieras la rodearon sin hacerle daño alguno.

Una escuadra de conquistadores salió en su busca, y la encontró allí, acompañada por las fieras, que le habían perdonado la vida.

Esta fábula ha sido repetida por casi



El fuerte de Corpus Christi atacado por los indios.

Descubrimiento del Río de la Plata y sus afluentes

todos los cronistas, que, como la mayor parte de las fantasías que ellos se imaginaban, eran repetidas para magnificar las hazañas de los conquistadores.

El dibujo que publicamos con este artículo, se encuentra en la obra del padre Charlevoix, *Histoire du Paraguay*, impresa en 1755.

Apremiado por la falta de víveres, Mendoza envió una expedición naval a la costa del Brasil para buscarlos, y destacó con otros dos buques a su lugarteniente Juan de Ayolas, para que remontara el río Paraná en procura de gente hospitalaria y de alimentos.

Ayolas se detuvo en la margen derecha del río Paraná, no lejos del

Rincón de Gaboto—nombre que había quedado en el lugar donde existió la primera población de *Sancti Spiritus*, a que nos hemos referido antes.

Allí, sobre el actual pueblo de San Lorenzo, y el Río Corondá, probablemente cerca del Río Carcarañá, fundó

una nueva población; y alentado por el espíritu hospitalario de los indios timbúes y por la abundancia de alimentos que ellos les proporcionaban, llamó a la nueva ciudad en embrión *Corpus Christi*. Seducido el Gobernador Mendoza por el buen éxito de Ayolas, resolvió trasladar la mayor parte de los conquistadores del fuerte de Buenos Aires a Corpus Christi, dejando en el primero una guarnición poco numerosa.

Una vez en Corpus Christi, consideró conveniente cambiar el asiento del fuerte a un lugar situado a cuatro leguas de distancia más al Sur, probablemente entre San Lorenzo y el Carcarañá, sobre el río Paraná, y lo denominó *Buena Esperanza*.

Habiendo regresado a Buenos Aires con su expedición, las tropas dejadas en Buena Esperanza abandonaron este establecimiento, apenas empezado, y se

reconcentraron en el fuerte Corpus Christi, que rehabilitaron. Éste fué asaltado por los indios, lo cual, según otra leyenda, tuvo por origen los amores contrariados del cacique Mangoré con Lucía Miranda, una de las bellas mujeres de los conquistadores.

Ayolas fué enviado de nuevo por el Gobernador Mendoza a remontar los ríos Paraná y Paraguay, a fin de buscar un camino terrestre que condujera al Perú, ya dominado por los españoles.

Entre tanto, todos esos sucesos, ocurridos en 1536 y 1537, coincidieron con la grave enfermedad del Adelantado Mendoza (como se llamaba a los gobernadores de Ultramar), y a mediados del

último año citado se hizo a la vela para España, con un buque y pocos servidores.

En Abril de 1537, antes de zarpár, instituyó por teniente de gobernador suyo y su sucesor en los dominios del Plata al citado capitán Juan de Ayolas, hombre aun muy

joven y amado por Mendoza, y que a la sazón expedicionaba al Perú.

Mendoza murió en el mar durante el viaje a España, y Ayolas fué también muerto por los indios al atravesar los desiertos del Gran Chaco, que corren entre el río Paraguay y el Perú. Ayolas había descubierto los lugares donde fué fundada la ciudad de Asunción, después capital de la República del Paraguay, como lo veremos más adelante.

Al partir para el Perú dejó por su teniente de gobernador en el Paraguay al capitán Domingo Martínez de Irala, uno de los oficiales de la expedición de Mendoza.

Muerto Ayolas, los conquistadores se reunieron en la ciudad de la Asunción y nombraron gobernador a Irala, mientras el rey proveía el destino.

Irala concentró en la Asunción todos los ya reducidos elementos de la con-



BUENA ESPERANZA

El Libro de la América Latina

quista, pues los guerreros de la expedición de Mendoza estaban diezmados. Esta política produjo el abandono y despoblación del fuerte de Buenos Aires en 1541.

Allí quedaron solamente las ruinas de la población fortificada sobre el Riachuelo, y algunas manadas de ca-

ballos y de yeguas, que no pudieron transportar los conquistadores al Paraguay y que dieron lugar a la abundancia de estos ganados en la región del Sud. Los indios los aprovecharon, multiplicando con su uso su poder hostil a los españoles.



Un descendiente de los primitivos habitantes del continente americano.

UN HERMOSO EDIFICIO BONAERENSE



VISTA EXTERIOR DEL JOCKEY CLUB

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS